

Jorge Obregón.

Los Horizontes de la Tierra.

Este título, tomado de un poema de Manuel Calvillo, me lo sugirió el afán andarín del pintor, virtud que permite incluirlo dentro de aquella pléyade de artistas decimonónicos descritos por el académico francés Pierre Marc Orlan, quien refiriéndose a Coubert decía:

*“Yo he conocido a esos artistas un poco gitanos que van por nuestros caminos cargando a la espalda una mochila, un caballete y una caja patinada por la intemperie, son los pintores de la naturaleza”.*<sup>1</sup>

Trashumante como ellos, Jorge Obregón se halla lejos de aquel romanticismo del siglo XIX, sus panoramas fuertemente intelectualizados y ambiciosamente concebidos, van a la vez preñados de emotividad. Él está cierto que un paisaje no se realiza a fuerza de pinceladas, sino a fuerza de medidas y de formas estilizadas. En sus vistas no hay nada dejado al azar, las estructuras están sólidamente arregladas; nubes, montañas y las enormes extensiones, las integra gracias a un cálculo esmerado, ya que todo va marcado con exactitud.

Paisajista puro, formado en la sensibilidad naturalista, en su obra se advierten ciertos influjos, más que ello, se puede decir que paga pleitesía a los grandes que le han precedido, cito sólo dos, José María Velasco y el Dr. Atl, con quienes sostiene un íntimo parentesco de sentimiento, más que de técnica.

Aquí un paréntesis, Jorge Obregón oriundo de la Ciudad de México, sus estudios los llevó a cabo bajo la dirección, entre otros, del maestro Luis Nishizawa en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM; formación que continuó en diversos cursos en instituciones del extranjero, lo que le ha otorgado el virtuosismo en su quehacer.

Retomando su temprana condición andariega que le llevó a recorrer diferentes geografías y a plasmar otros universos; en sus plurales paisajes se advierten toda índole de atmósferas señoreadas por variados soles desde el impactante sol de medianoche, y además con acertado cromatismo entrega los cambios que la luz y la sombra le exigen a fin de llevar a las telas desde las resequeadas de los calores caniculares, hasta las frialdades metálicas y transparentes de nevados territorios; todo ello marcado con dramática precisión.

En sus cuadros se advierte la pericia que le confiere el conocimiento del dibujo. Las técnicas que emplea son: el óleo sobre tela, preferentemente el lino, o bien la acuarela; el lápiz también marca su quehacer, ya que está cierto del poder de la línea como relatora de la esencia de lo que capta; por ello de cara a la naturaleza, también la delinea con el carboncillo, la pluma, el aguafuerte, la tinta japonesa sobre papel, etcétera; en algunas ocasiones se le observa aprehendiendo los panoramas mediante el dibujo, el cual le permite la viabilidad por medio de unos cuantos trazos dar la “osamenta del paisaje” o bien puntualizar las cordilleras, utilizando el lápiz a manera de buril, cincelande de tal modo el contorno de las formas.

Hoy en esta exposición “México y Los Picos de Europa, dominios de roca y volcanes”, el artista retoma sus afectos plásticos. Los extendidos valles de México con su horizonte de volcanes el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl; cuya perspectiva está marcada con los diversos planos de sembradíos, arboledas y serranías de menor altura. La grandiosidad geológica del Valle de México que para él ha sido devoción recurrente, se puede observar en algunos de estos lienzos en los que aparecen como las llamaba el Dr. Atl, “esas joyas de piedra y nieve de simbólicos y complicados nombres”: Iztaccíhuatl, Citlaltépetl. La exhibición se enriquece con los siempre nevados Picos de Europa; desde ahí el pintor podría decir igual que Atl, “yo vi al mundo como un espectáculo maravilloso y lo amé sin reticencias”.

En estas imágenes de Los Picos de Europa, sus atmósferas parecen transmitir las ráfagas del viento. Las sólidas y majestuosas masas propagan su grandeza mientras blancas y errabundas nubes o bien ominosos nubarrones, entregan el congelante frío de las montañas.

En síntesis, es dable afirmar que con esta exposición, Jorge Obregón en correlación afectiva cons-truye su mismo espejo en el recuento entre personalidad y paisaje, estable-ciende el íntimo lenguaje donde color y sonido, aire y luz postulan la armonía.

Dra. Elisa García Barragán Martínez  
*Instituto de Investigaciones Estéticas*  
UNAM